

Otros dos capítulos y un apéndice en el que el lector hallará varias genealogías realizadas por el propio Georges Duby concluyen esta obra fascinante, cautiva-

dora y repleta de erudición que hará las delicias de todo medievalista.

F.J. Rodríguez-Bernal

DUBY, Georges

*Dames du XIIe siècle. vol. III. Ève et les prêtres*

París: Gallimard, 1996. 220 p.

Presento aquí el tercer y último libro que Georges Duby dedicó a las mujeres del siglo XII. En esta ocasión, el genial medievalista volvió a presentarnos a algunas damas —recordemos, mujeres casadas— de esta época. Lo único que las diferencia de las ya estudiadas es, por así decirlo, la mirada, porque en esta ocasión las veremos a través de lo que de ellas decían los eclesiásticos. Los hombres de Iglesia hablan con frecuencia de ellas.

Duby estructuró su libro en cuatro grandes apartados. Cuatro reflexiones sobre el mundo femenino visto a través de los testimonios procedentes de los hombres de Iglesia. Cada uno de estos cuatro punto se focaliza, se concentra, expone un mensaje distinto. Pero la mirada es siempre la misma. Atentos, con la seguridad que les proporciona su sólida formación, estos hombres hablan de ellas, de sus pecados.

*Les péchés des femmes* (páginas 9-53) inicia esta obra. Étienne de Fougères entra en escena. El obispo de Rennes, el que fuera uno de los más fieles siervos de la casa de Enrique Plantagenêt en su juventud, al tomar posesión de su nueva catedra episcopal, escribe en francés el *Livre des manières*. Atendamos a esto, escribió en francés, la lengua de la corte.

En este poema encontramos por primera vez a las mujeres constituyendo un orden moral. Igual que el mundo —el masculino— se sustenta sobre una sociedad tripartita, las mujeres —entiéndase aquellas mujeres que pertenecen a la

nobleza— constituyen también un *ordo*. Este *ordo* femenino es en realidad una construcción retórica que Etienne usó para fustigar a las mujeres. Las damas son las que más pecan, las que están diariamente en contacto con el peligro. Para Duby es evidente: «ellas están más expuestas a pecar que los demás».

¿Cuáles son los pecados que Étienne encuentra en las damas? Básicamente tres.

a) Las mujeres, en su maldad, se niegan a aceptar el trabajo que Dios les ha otorgado y se obcecán en preparar y distribuir pócimas que provocan abortos, evitando así que se lleve a efecto aquél «crescite, multiplicamini et replete terram», que es tan frecuente en los esponsalicios catalanes del siglo XII.

b) Ellas, además, tienden a hostigar al hombre —su padre, su hermano, su esposo—, que es quien debe conducirlas rectamente. Son hostiles, péridas y vengativas con aquellos que sólo desean su bien. Con frecuencia su primera venganza es buscar un amante.

c) Es la lujuria, por lo tanto, la falta que les lleva a cometer su pecado más ignominioso: el adulterio.

Étienne no duda en utilizar fórmulas sarcásticas para exponer sus impresiones, aunque, como pueden imaginarse, sus escritos poseen, ya en su época, una larga tradición. Para explicar esto Duby retrocede hacia los maestros de este personaje, en busca de sus influencias más probables. Indaga en su lectura para encontrar sus modelos, los más próximos y los más lejanos. Entonces nos muestra

a los que ya entonces se llamaban *clásicos*: Ovidio, Juvenal, San Gerónimo... Pero es sobre todo en dos obras que Étienne basa su discurso: la primera es *El libro de las diez Partidas*, un ejercicio de estilo en el que la mujer se muestra ya como enemiga del género masculino. La segunda es otro libro: el *Decretum*, escrito entre 1007 y 1012 por el obispo de Worms. Se trata de un trabajo sólidamente estructurado, un verdadero manual de purificación general. En él las mujeres son observadas con atención, interrogadas para conocer la naturaleza y el alcance de sus pecados: «[...] Has fabricado cierta máquina de la medida que te conviene, la has colocado a la entrada de tu sexo o en el de una compañera i has fornizado con otras mujeres malvadas u otras contigo, con este instrumento o con algún otro? Te has ofrecido a un animal?». El historiador, ante esto, debe interrogarse: ¿Se trata ciertamente de pecados reales, femeninos, o, por el contrario, existen sólo en la imaginación de estos intelectuales de la Iglesia?

Tanto el texto de Buchard de Worms como el de Étienne de Fougères se insertan dentro de una larga tradición muy arraigada ya en el mundo tardoantiguo cristiano, en el que las mujeres pertenecen a los hombres. Están faltas de los varoniles humores que hacen del hombre un ser completo. Los más antiguos penitenciales hacen al hombre responsable de las faltas femeninas, porque para ellos «[...] el hombre es el amo de la mujer». Por estas mismas razones en el momento del matrimonio —el acto que da acceso a la mujer a la existencia social— ella está obligada a amar, servir y aconsejar a su esposo. Estos son —Duby nos lo recuerda— los deberes del vasallo con su señor. A cambio él le ofrece, como corresponde a todo buen señor, su protección y su asistencia.

Georges Duby dio un título expresivo a la segunda parte de su obra (páginas 55 - 88): *La Caída (La Chute)*. Se trata de un ejercicio de memoria, de retroceso hacia los orígenes. Es necesario, por lo

tanto, volver al principio de todas las cosas. El libro del Génesis —al menos así se creyó en el siglo XII— daba respuesta a preguntas importantes para los hombres de aquel momento: ¿Por qué la humanidad es sexuada? ¿Por qué es culpable? ¿Por qué está maldita?

Los hombres de Iglesia intentaron responder a estas preguntas. La presencia de una mujer —de la primera mujer— en el texto les inquietó. Por esta razón escrutaron el sentido de cada palabra, para comprender por ellas su intención y difundir su mensaje oculto.

Duby recurre a san Agustín. Probablemente su comentario sobre el Génesis es de los más profundos que se han escrito nunca. El obispo de Hipona fue muy claro: la mujer ha sido creada a imagen del hombre. Ella es sólo su ayuda, porque el mundo creado está construido sobre un armazón jerárquico donde la dirección la ocupa el hombre. La mujer es un mero espectador. San Agustín continua: la mujer, como el hombre, está dotada de razón (*ratio*), pero la parte animal (*parts animalis*) predomina en ella. El texto del Génesis permitía imaginar respuestas a las preguntas más inusitadas, pero que se fijaron en la memoria cristiana desde el siglo IV. ¿Por qué Dios no creó a la mujer del mismo barro que al hombre? ¿Por qué los primeros padres no se entregaron el uno al otro en un lecho inmaculado? Las respuestas sólo podían reafirmar al hombre en su desconfianza cotidiana. Adán depositó toda su confianza en su compañera y, con ello, se condenó a sí mismo y a toda su descendencia. Para Georges Duby el hombre del siglo XII no deseaba ser un nuevo Adán, un nuevo hombre engañado.

Los grandes filósofos de la edad media no se resistieron a la tentación de apoyar sus impresiones sobre el Génesis. Pedro Abelardo, por ejemplo, creyó comprender el significado del texto y dejó escrito que el hombre «[...] es la imagen de Dios. La mujer, no es más que la apa-

riencia. El hombre, más próximo a Dios es, por lo tanto, más perfecto [...]. Pero el comentario de san Agustín estaba siempre en la memoria de todos ellos: no es la naturaleza la que obliga a la mujer a tener en el hombre a su señor, sino sus propios pecados. Ella misma se precipitó en el abismo. Por esta causa el hombre debe dominarla, guiar sus impulsos carnales y conducirla hacia la redención eterna.

Para los hombres de Iglesia, el texto daba la razón a sus observaciones cotidianas. ¿Acaso no multiplicó el creador las penas a la mujer? Era lo lógico, porque ella había pecado triplemente: se había dejado seducir, buscaba el placer y arrastró al hombre a la condena. Como esas jovencitas que se asoman a las ventanas de los palacios, que se muestran ostentosas a la espera que un galán las sumerja en el universo de la novela. Ellas observan a los jóvenes tornear, ventanean. Pero en ese ejercicio muestran sus figuras y seducen a los guerreros. Ellos acostumbran a caer en la trampa. Unen sus cuerpos a los de estas mujeres y se condenan.

*«Hablar a las mujeres»* es el título de la tercera parte de este bello libro (páginas 89-144). Es la más extensa, la más fecunda. En ella Duby centró su atención sobre los sermones. Los analizó, los desmenuzó. Sabía que por este medio las masas se hicieron cristianas. Aunque la gran mayoría de sermones iban dirigidos hacia los directores de la sociedad, hacia los hombres, algunas palabras eran para ellas. En ocasiones, se trata de palabras públicas, escritas por los eclesiásticos. Cartas. Son cartas escritas, advirtiéndoles, por hombres del siglo XII. Productos de su tiempo que nos sorprenden. «Te habría escrito en la lengua de los laicos —escribe el abad de Perseigne a la condesa de Chartres— si no te creyera capaz de entender el latín.» estaban escribiendo, por lo tanto, a mujeres cultas.

Comúnmente, cuando hablaban entre ellos, estos hombres no podían negar que «[...] el sexo femenino no está privado de

la inteligencia de las cosas profundas [...]. Sin embargo continuaban creyendo que la mujer era inferior. Ella se compone, a sus ojos, de dos naturalezas distintas: la *infirmitas* (la debilidad) y el peso de la carne, que las conduce hacia el abismo.

La mayor parte de las mujeres a las que los eclesiásticos escribían eran religiosas. Damas también, pues su matrimonio, aunque espiritual —con el hijo de Dios—, existía. Para ellos, no dejan de ser mujeres casadas. Pero son mujeres, ante todo. Su principal falta, por lo tanto, es la lujuria. En estos escritos, los hombres de Iglesia recordaban a estas mujeres su condición, su matrimonio. Aludían con frecuencia a su paciente esposo, Cristo, que las esperaba, lleno de amor, «[...] en su lecho real». Ellas —decían— deben mantenerse fieles a Cristo, respetándole, sirviéndole, como lo haría un vasallo fiel.

Pero cuando las cartas se dirigían a las princesas, el discurso se transforma. Se les exige, principalmente, que administren con prudencia el poder que detentan, en particular, sobre sus maridos. Los obispos, los abades, esperaban que su correspondencia con estas damas de alta alcurnia les permitiera obtener el favor de sus esposos. Ellas son las intermediarias, las que permiten que la violencia de sus esposos se transforme en piedad, en *caritas*. Es la forma más segura de conseguir la salvación de sus maridos. ¿Qué vasallo no desea lo mejor para su señor?

El último capítulo (páginas 147-214) Duby lo tituló *De l'amour*. Nace en el siglo XII. Cierto. Para explicarlo el gran medievalista penetró en el territorio de la novela. En ella nace el amor. Pero rápidamente nos advierte: los novelistas eran hombres de Iglesia. Cultos, escribían para sus señores en las cortes más importantes de Francia. Al igual que las vidas de santos —las hagiografías— sus obras tenían la intención de difundir modelos. Educaban a la alta sociedad. Mediante estos escritos, los nobles del siglo XII aprendían a moderar sus costumbres. Su acer-.

miento a las mujeres se modificó, entró en la dimensión del juego. El juego —recuerda Duby— se desarrolla a tres bandas: la dama, el amante y el marido. Ella tiene sobre los caballeros un triple poder: educador, mediador y seductor. El amante no está casado. Es un joven. Encarna a la juventud en sí misma: su audacia, su temeridad, pero también sus frustraciones. Es, ante todo, un guerrero. Por esta razón debe intentar forzar las defensas de la dama, penetrar la muralla. El señor —*senior*— es el que organiza, en realidad, el juego. Mueve los hilos, controla en todo momento su desarrollo. La dama es su honor, su posesión más preciada. Él la expone, la muestra a los ojos de los demás. Es un objeto de ostentación de poder. Participa, por lo tanto, de su gloria.

Cuando el amor hace su aparición en la sociedad del siglo XII los hombres de Iglesia se vuelcan sobre él. Lo estudian. Comprender para dominar. Es en este momento cuando Georges Duby ofrece sus argumentos más sólidos: el mejor libro sobre el amor que conservamos no es, paradójicamente, una novela. Es un *trac-tatus*. Una obra que pretende educar a un príncipe. El lector ya lo ha adivinado. De hecho, Georges Duby ya lo mencionó al

principio del capítulo. Frente a la novela se levanta una obra moral, eclesiástica. Es el *De Amorem*, de Andrés el Capellán.

El medievalista comprometido con la historia de las mujeres en la edad media debe prestar gran atención a estas tres obras. Están imbuidas de múltiples reflexiones que no tardarán en encontrar un referente documental en nuestros archivos. Pero, ante todo, son tres obras de reflexión. Un legado inigualable en el que el genial medievalista intentó dar respuesta a tres preguntas fundamentales en cada uno de los libros que componen esta brillante trilogía:

¿Qué imagen tenían —y por lo tanto transmitían— los hombres del siglo XII de sus contemporáneas, las damas de su tiempo?

¿Cómo imaginaban esos mismos hombres a sus antepasadas más lejanas y qué papel jugaban aquellas en su presente?

¿Cuál era la estrategia discursiva elaborada por los hombres de iglesia para enfrentarse al problema de la inserción de la mujer en el tejido social del siglo XII?

Lea el lector estos libros con detenimiento. Su lectura es inexcusable.

F. J. Rodríguez-Bernal

REDON, Odile; SABBAN, Françoise; SERVENTI, Silvano  
*La Gastronomie au Moyen Age, 150 recettes de France et d'Italie*

Rennes: Éditions Stock, 1991. 333 p. Traducción en castellano: *Delicias de la gastronomía medieval*, Madrid: ediciones Anaya & María Muchnik, 1996. 529 p.

Ce n'est pas un livre d'histoire médiévale banal et ce n'est pas non plus un livre de recettes ordinaires. C'est tout simplement une pincée de recherche historique mêlée à un soupçon de cours de cuisine de France et d'Italie. Là est le résultat de cet ouvrage présenté par Odile Redon, Françoise Sabban et Silvano Serventi, aidés par de nombreux collaborateurs, et préfacé par Georges Duby.

Deux grandes parties se dégagent de cet ouvrage.

La première résume les coutumes culinaires des XIV<sup>e</sup> et XV<sup>e</sup> siècles des ménages les moins modestes. L'originalité de cet ouvrage n'en est pas le thème qui est déjà bien connu des médiévistes mais le fait qu'il ait été conçu par des historiens amateurs de cuisine. Elles sont présentées à partir de diverses sources dont les plus